

Prólogo a las memorias de Angeles Flórez

por Manuel Fernández de la Cera

La publicación de unas memorias suele suscitar una actitud de expectativa y lógica curiosidad. Nuestra tradición literaria española es más bien pobre en este género, si la comparamos con las letras de otros países europeos, especialmente si la referencia que tomamos es Francia. Probablemente tiene algo que ver la decisión de Angeles Flórez de ofrecer ante la opinión pública su experiencia de los hechos más traumáticos del último siglo asturiano con su larga permanencia en el exilio más allá de los Pirineos. Se ha dicho muchas veces que la proliferación de memorias y diarios en la literatura francesa y la pobreza de estos géneros en la literatura española se derivan de rasgos profundos divergentes en ambas culturas. Los españoles tendemos a encastillarnos en nuestro "yo", según esa interpretación, mientras los franceses sienten la necesidad de asomarse a las vidas ajenas para intentar entenderlas. También es verdad que, actualmente, se da entre nosotros una gran corriente de impudor, en los programas rosa de la TV, así como en revistas del corazón que alcanzan tiradas millonarias. Incluso, habría que añadir a estas publicaciones, la profusión actual de diarios íntimos intelectuales -el ejemplo máximo es Trapiello, con un sinfín de tomos- que intentan ver el universo -como quería Borges- a través de una gigantesca biblioteca. Las memorias de Angeles Flórez no son una amable visión del mundo a través de los libros, en primera instancia, sino la constatación directa de la realidad, muchas veces pavorosa, que le tocó vivir. La forma de estas memorias, que se expresan en capítulos muy breves, parece más bien propia de un diario. No se da aquí el propósito -tan frecuente en muchas "memorias"- de maquillar o rectificar la imagen de la autora; por el contrario, nos ofrece en cada momento del relato una imagen veraz de sí misma, que, a veces, corrige en el capítulo siguiente. Así por ejemplo, vamos siguiendo, en estas memorias-diario, la relación de la autora con Quintín, fusilado a los 23 años, al final de la Guerra Civil, por defender la República. Cada vez que Angeles se distancia o discrepa de Quintín, rectifica o se arrepiente poco

después. Las referencias a este amor juvenil constituyen el esquema de una novela. El primer motivo de discrepancia es que Angeles, según las costumbres de los pequeños pueblos donde todos se conocen, baila con todos los mozos vecinos. La siguiente contrariedad que afecta a las relaciones de los dos jóvenes es la oposición de la madre de Quintín. Problema grandísimo en la Asturias tradicional, donde las bodas se concertaban por consenso familiar. Así percibe Quintín la gravedad del tema que, inicialmente, se pliega a las exigencias maternas. Angeles se queda con el pesar de que, probablemente, Quintín llega tarde al Musel, el día de la caída de Asturias, por intentar verla en el último momento. Cuando es condenado a muerte, Quintín deja a Angeles una carta, un anillo y una pulsera de plata. Recientemente, la familia de Quintín llamó y visitó a Angeles Flórez, aunque ésta no pudo enseñarles el anillo y la pulsera, que habían quedado en España, en la casa familiar, donde se perdieron, cuando Angeles marchó al exilio.

No es éste un libro de historia, pues no ofrece una visión de totalidad de los acontecimientos que narra, sino un testimonio válido de una parcela de esa realidad histórica. Significan estas memorias una importante aportación a la llamada memoria histórica, pues contribuyen al conocimiento de unos hechos de los que sólo hubo en nuestro país, durante un largo período, la versión de los vencedores. Pero está lejos de ser una versión maniquea de la experiencia personal de los sucesos que rodearon la Revolución del 34 y de la Guerra Civil. Siendo la opción moralmente válida la defensa de "la causa del Pueblo" y de la República, " el miliciano que cometa actos de pillaje - escribe Angeles- debe ser sancionado, llegando incluso al rigor". Y, siendo reprobable la llamada causa nacional, Angeles condena sin paliativos a los falangistas, a los que ve como autores de crímenes horribles, pero salva, a nivel individual, a algunos militares y guardias civiles que, aunque participantes en la persecución de los demócratas, dieron muestras de alguna humanidad.

Angeles Flórez Peón es conocida desde la adolescencia como "Maricuela", nombre del personaje que representó en Carbayín, en una obra de teatro político, actividad importante en el entorno de las Casas del Pueblo, antes de la Guerra Civil, como muestra María Antonia Mateos en el libro "Salud,

compañeras. El teatro político en Asturias 1900-1930", editado por la Fundación Barreiro.

Más allá de alguna pequeña incorrección gramatical, de algún galicismo, propio de una asturiana que pasó muchos años en Francia, las memorias-diario de Angeles Flórez son un libro admirable, un testimonio veraz y lleno de amenidad de unos tiempos llenos de dolor y de esperanza en alcanzar la democracia. Muchos de aquellos que lucharon por la libertad y la democracia dejaron su vida en el camino, algunos, como Angeles Flórez, tuvieron la fortuna, después de sufrir tantas tragedias, de sobrevivir al dictador y alcanzar la restauración de las libertades en España. Al ofrecer a los lectores estas memorias, la Fundación Barreiro quiere contribuir a la recuperación de la memoria histórica de quienes sufrieron toda suerte de sacrificios, a veces el de su propia vida, en defensa de las libertades democráticas.